





SECUENCIAS DE UNA OBSESIÓN



Julio A. Carballeira

SECUENCIAS DE
UNA OBSESIÓN



Primera edición: enero de 2018

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio A. Carballeira

ISBN: 978-84-17362-08-9

ISBN digital: 978-84-17362-09-6

Depósito legal: M-867-2018

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Prólogo

Año 1987

Como cada viernes a las cinco de la tarde, puntual como un clavo, Rosario fue a recoger a su hija Irene a la salida del colegio. Junto al resto de las madres, esperando en la puerta del centro, Rosario no se separaba ni un milímetro de su hijo pequeño que, tumbado en el carrito, dormía plácidamente mientras su madre le balanceaba suavemente para adelante y para atrás.

—¿Va a ir tu hija a la excursión? —le preguntó una de las madres.

—Sí —contestó ella. Anoche su padre la firmó el permiso y hoy tenía que entregar el dinero.

—¿No crees que son un poco pequeños para que pasen el día fuera de casa? —le preguntó con temor. Aranjuez está muy lejos de Madrid. Imagínate que algún niño se pierde.

—No te preocupes, mujer —respondió quitándole importancia. Ya tienen nueve años. No tiene por qué pasar nada. Son lo bastante mayores. Además, les vendrá bien el viaje. Así saldrán un poco de la rutina.

—Yo no estoy tan segura —concluyó.

—Mira, ya salen —dijo al ver correr hacia ella a su hija junto al resto de niños.

En cuanto Irene vio a su madre, extendió los brazos y fue a abrazarla. Rosario la cogió por los aires y la besó en la mejilla. Estaba creciendo muy rápidamente y cada vez la costaba más el poder alzarla hacia ella como tenía costumbre hacer. Su niña se estaba convirtiendo en toda una mujercita. Hasta se lo notaba en el carácter. Era más seria y respondona.

—¿Qué tal el cole? —quiso saber Rosario.

—Muy bien, mamá —contestó la niña. Hoy he estado jugando con María y con Clara a la comba y la seño ha castigado a Mario por portarse mal.

—Y a ti, ¿te ha castigado tu profesora? —le preguntó cogiéndola de la mano.

—No —dijo Irene. Yo me he portado bien.

—Así me gusta —continuó diciendo sin poder evitar el mostrar una sonrisa. Venga, vámonos.

—¿Puedo despedirme de Andrés? —preguntó mirando a su amigo.

—Hoy no —respondió la madre. Tenemos un poco de prisa.

—¿Dónde vamos? —volvió a preguntar.

—Hay que ir al mercado y luego, tengo que bañar a tu hermanito —le explicó. Tengo que recoger vuestra ropa sucia, hacer la cena... Tengo mucho que hacer antes de que vuelva tu padre.

Enfurrñada, la niña caminó de la mano de su madre mientras esta, con la otra mano, empujaba del carrito e iban hacia el coche. Tal y como había dicho, lo primero fue ir al mercado a comprar lo necesario para la cena. Unos huesos, una punta de jamón y algo de pollo para hacer una sopa y un poco de carne de la carnicería, unos filetes de ternera, cortados muy finos, como le gustaban a su esposo. Después, regresaron a casa y mientras ella se ponía a cocinar, Irene, sentada en la mesa de la cocina, hacía los deberes como tenía por costumbre hacer nada más llegar a casa. La tele sonaba de fondo y la niña estaba prestando más atención al espectáculo de Espinete y compañía que a lo que realmente tenía que hacer. Al darse cuenta, su madre se acercó a apagar la televisión y una mueca de rabia apareció en el rostro de Irene, que no tuvo más remedio que clavar su mirada en el cuaderno de cuentas y continuar con la suma que estaba haciendo.

El tiempo se echaba encima y a Rosario todavía la quedaban demasiadas tareas por hacer. Después del traqueteo de todo el día, estaba ya cansada y hubiera preferido sentarse en el sillón y descansar los pies sobre la mesa, aunque solo hubiera sido por unos minutos. Pero no era posible. Parecía que no iba a acabar nunca y ya eran las siete y media. En menos de media hora, llegaría su marido y ya debía estar todo hecho. Agarró la cuchara de madera y dio un par de vueltas al caldo. Cogió los fideos y antes de echarlos, le dijo a Irene:

—Hija, hazme un favor. Lléname la bañera con agua templada, que voy a bañar a tu hermano.

—Pero mamá —protestó la niña—, estoy haciendo los deberes. ¿No puedes llenarla tú?

—¡No seas desobediente y haz lo que te digo! —le ordenó la agotada madre sin demostrar demasiada paciencia con su hija. Ya sabes que no me gustan las niñas malas. ¡No querrás que me enfade!

Sin decir ni una palabra más, la niña soltó el lápiz de mala gana y se levantó de la silla. Harta de haber quedado en un segundo plano desde que naciera su hermano y envidiosa del trato que recibía este, pensó que había llegado el momento de señalar su desacuerdo. Se vengaría de él y le haría pagar por ello. Su hermano era el culpable de todo. Si no hubiera nacido, ella seguiría siendo el centro de atención. Todo el cariño, todo el amor, toda la atención seguiría siendo para ella. No tendría que compartirlo jamás con nadie. Pero ahora, ese pequeño gusano la había vuelto insignificante. Tenía que obedecer, pero sería la última vez.

Fue hasta la bañera y abrió el agua caliente. Sabía cómo hacerlo, pero esta vez, lo haría a su manera. Sin mezclar el agua con el grifo de la fría, dejó que el agua caliente llenara la bañera. Todo lo caliente que pudo. El vapor condensaba los cristales y apenas podía tocar el agua sin quemarse. Antes de que su madre pudiera llegar a comprobar lo que había hecho, fue hacia el cuarto de estar y se acercó a la cuna en donde dormía el bebé. Le cogió con cuidado de no despertarle para no alertar así a su madre, le desnudó y le llevó hasta el baño. Sin pensárselo dos veces y sabiendo que aquello tendría consecuencias, introdujo al bebé dentro del agua. Este, al notar la alta temperatura del agua quemando su piel, empezó a llorar al instante. Era un llanto desgarrador, agudo y constante. Irene se asustó. Aquello pondría en sobre aviso a su madre y no la daría tiempo a hacer justicia. Su hermano tenía que pagar por su existencia. Lo sumergió por completo dentro del agua y acalló sus llantos. Rosario, que había escuchado los lloros de su hijo, soltó de inmediato la cuchara y salió corriendo hacia el baño. Y allí encontró a Irene, sujetando por los hombros al bebé, con la cabeza sumergida en el agua.

—¡Qué haces! —gritó—. ¡Suéltalo!

Viéndose sorprendida, Irene dejó de hacer fuerza y el bebé salió a flote. No dejaba de llorar y tenía la piel de un rojo intenso que indicaba

el daño que había sufrido. Rosario empujó a su hija y recogió al bebé, sacándolo del agua.

—Pero... ¡Qué has hecho! —seguía gritando—. ¡Estás loca!

Cogió al niño y lo colocó de inmediato sobre su cama. Con paños de agua fría intentaba bajarle la temperatura, pero no dejaba de llorar. Alarmada, descolgó el teléfono y llamó a su doctor para contarle lo que había pasado.

—No se preocupe. Enseguida salgo para allá —contestó este al ver la urgencia del caso.

Irene permanecía en una esquina de la habitación, observando con la cabeza gacha los inútiles esfuerzos de su madre para calmar al niño. Sabía que había hecho mal y que la caería una buena, pero había merecido la pena. Le había dado a su hermano su merecido y en el fondo de su alma, se sentía feliz. Tan solo lamentaba que su madre la hubiera descubierto y no haber podido acabar con sus planes.

—¿Cómo se te ocurre hacer lo que has hecho? —le decía su madre sin dar del todo crédito a lo que acababa de pasar—. ¡Vete ahora mismo a tu habitación! ¡Ya verás cuando venga tu padre!

Irene se dio la vuelta. No abrió la boca, ni se defendió. Se fue a su habitación y se tumbó sobre la cama.

En su mente recordaba las imágenes. Veía a su hermanito bajo el agua, abriendo la boca e intentando coger un aire que nunca llegaría a sus pulmones, ahogándose bajo su control. Y una sonrisa se dibujó en su rostro. No sabía por qué, pero aquello, inexplicablemente, la había hecho sentirse bien. Aunque tuviera ahora que aguantar las consecuencias.

Cuando llegó el doctor, exploró al bebé y logró calmar a Rosario.

—El niño se encuentra bien. Ha tenido mucha suerte. Aunque es necesario que lo llevemos al hospital. Como usted sabrá, a esta edad los bebés tienen una piel muy delicada, y las quemaduras que ha sufrido puede dejarle algunas marcas. Pero está vivo y eso es lo importante.

Jamás olvidaron lo que hizo Irene aquella tarde. Ni pudieron imaginarse lo que se le pasó por la cabeza para hacer algo así. Cosas de niños, tal vez. Pero ese acto, sin duda señalaba el carácter de Irene y la maldad que escondía en su interior.

Capítulo 1

Año 2017

—¡Vamos! ¡No perdáis de vista el balón! —animaba Rubén a los niños—. ¡Salid a presionar!

Los viernes por la tarde, el polideportivo se llenaba de críos que iban a entrenar al fútbol. Era su premio a las largas jornadas que tenían que pasar en el colegio, atendiendo a la lección y escuchando las peroratas de los profesores, que desmotivados, convertían las clases en tediosas charlas que parecían no tener final. Pero en cuanto salían del centro y se ponían bajo las órdenes de Rubén, todo era distinto. Él sabía cómo tratarlos y los chicos disfrutaban de lo lindo en sus entrenamientos. Estaban allí para divertirse, para pasar un rato agradable haciendo ese ejercicio que todos necesitamos, especialmente cuando eres pequeño. Con él, aprendían las reglas básicas del fútbol, del baloncesto o de cualquier deporte que le tocara impartir. Los niños corrían de un lado al otro y se esforzaban al máximo, aprendiendo sin quererlo, valores como el compromiso, el compañerismo o el respeto a los demás. Pero no solo los niños pasaban un buen rato. Rubén, que adoraba su trabajo, era el primero que disfrutaba con ellos y no podía llegar a comprender su vida sin esos entrenamientos en los que sacaba lo mejor de sí y procuraba que en todo momento, el buen ambiente de las clases no decayera ni se enturbiara. Cuando algún niño se picaba con otro y le soltaba alguna patada que no venía a cuento, Rubén paraba el entrenamiento, juntaba a los protagonistas y hacía que el culpable se disculpara. Sin darle mayor importancia, los chicos se daban la mano y a seguir jugando. «Esto tan solo es un juego», decía.

—No le deis más importancia de lo que tiene. Estamos aquí para hacer deporte, para pasarlo bien y para hacer amigos. No lo olvidéis nunca.

Por su forma de ser y su carácter, era muy respetado por el resto de compañeros. Trataba siempre exquisitamente tanto a compañeros como a alumnos y siempre tenía unas palabras agradables para quien fuera. Como todos, tenía problemas en su vida, no lo voy a negar, pero intentaba aparcarlos a un lado procurando en todo momento que no le influenciaran en su trato con los demás.

—¡Sube la banda! —seguía diciendo—. ¡Central! ¡Central! ¡Haz el pase!

Los niños le obedecían en todo y más que en un mentor, se había convertido en un amigo para ellos. Le contaban sus confidencias y sus preocupaciones, le pedían consejo. Había logrado ganarse su confianza gracias al cariño, al trabajo y a la cercanía que mostraba con ellos.

—¡Hemos acabado! —les dijo mirando el reloj—. ¡Lo habéis hecho muy bien! ¡Pasadlo bien el fin de semana! ¡Nos veremos a la semana que viene!

—¿Te ha gustado la parada que he hecho? —le preguntó uno de los niños, acercándose, buscando su aprobación.

—Ha sido una parada muy buena —le contestó—. Sigue así. Estás mejorando mucho.

Poco a poco, los niños fueron dejando el campo y él fue recogiendo todos los utensilios que utilizaba durante el entrenamiento: vallas, postes, balones... Era su última clase, pero antes de dejar el polideportivo, le gustaba pasarse por el gimnasio, correr un poco en la cinta y hacer algo de musculación. A sus cuarenta años aún se encontraba en buena forma y, a base de entrenamiento, mantenía la línea y lo que es más importante: la ilusión por el deporte. No pasaba un día que no hiciera algo de ejercicio. Le gustaba encontrarse bien y cuando no entrenaba, sentía como si le faltara algo. Era su droga diaria y no podía pasar sin ella.

Entró en la sala de musculación y saludó a la monitora, una chica algo más joven que él, de pelo castaño y piernas largas. Ella, sentada en la mesa entre hojas de rutinas, se levantó al verle y fue hacia él. Se conocían desde hacía años y se llevaban muy bien. Lo que había comenzado como un trato normal entre compañeros de trabajo, había trascendido al siguiente nivel y mantenían una relación de amistad sincera, con-

tándose todo lo que sucedía en sus vidas. Problemas, preocupaciones, malas decisiones... No guardaban ningún secreto el uno con el otro. Habían congeniado y aunque rara vez se veían fuera del polideportivo, eran grandes amigos.

—¡Hola, Carmen! —saludó.

—Pensaba que ya no venías a verme —le dijo ella en broma.

—Me he retrasado un poco recogiendo todo el material y hablando con los niños —contestó—. Ya sabes cómo son los pequeños demonios —añadió cariñosamente. Pura energía.

—Sí, son incansables —comentó Carmen. ¡Quién tuviera su energía! ¡Cómo la envidio!

—Tú no puedes quejarte —señaló él. Estás estupendamente. Dejas atrás a cualquiera. Ni yo puedo seguirte el ritmo. Te he visto en alguna que otra clase y no paras. ¡Lo tuyo sí que es envidiable! ¡Cómo me gustaría tener tu energía!

—No sabes el bajón que he dado —se quejó—. Con lo que era yo con veinte años.

—¡Nos ha jodido! —exclamó—. Pero el tiempo no pasa en balde. Yo con veinte años, ni tenía canas ni la talla que tengo ahora. Pero la vida es así y hay que aceptarla.

—No es solo eso —siguió diciendo Carmen—. Es todo. Con veinte años no teníamos preocupaciones. La única preocupación era dónde ibas de copas el fin de semana o si te gustaba ese chico o aquel. Todo era mucho más fácil. Ahora, que si tienes que pagar el alquiler, que si el colesterol, siempre con miedo de no perder el trabajo, la presión por tener hijos antes de que se te pase el arroz, los padres que ya son mayores...

—¡Qué me vas a contar! —respondió—. Y por lo menos, los tuyos no están como los míos. No tienes de qué quejarte. Además, míralo por el lado bueno. Hemos vivido al máximo. Siempre hemos hecho lo que nos ha dado la gana. Sin rendir cuentas a nadie. Otros muchos no pueden decir lo mismo.

—Habla por ti —le reprochó—. Yo siempre he sido muy tonta. Muy inocente. Haciendo siempre lo que tenía que hacer. ¡Anda que no me arrepiento!

—Nunca es tarde para cambiar —subrayó Rubén.

—No es tan fácil —sentenció—. Somos como somos, aunque te compro el consejo.

—Voy a ver si hago algo —señaló—. Que al final nos liamos a hablar y no hay quién nos pare.

—Sí —rio—. No te entretengo más. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

El gimnasio estaba lleno, y cogió la única cinta que quedaba libre. Estuvo corriendo cerca de una hora, hasta que ya, con la camiseta bien sudada, dejó de correr y comenzó a levantar peso. Otra hora más de entrenamiento y cuando acabó su tabla, hizo unos cuantos abdominales y se fue para la ducha.

—¿Te vas ya? —le preguntó Carmen.

—Sí, por hoy está bien —contestó secándose el sudor de la frente con la mano—. El lunes nos vemos.

—Pasa un buen fin de semana —le deseó.

—Igualmente —dijo él—. Ya me contarás.

Después de la ducha, se vistió de calle y volvió a su casa. Abrió la puerta, sacó la ropa sucia, la echó a lavar y dejó la bolsa de deportes en el armario.

Su piso, un pequeño apartamento, modesto, pero con todo lo que él necesitaba, era su refugio y su santuario. Dadas las pequeñas dimensiones del mismo, rara vez invitaba a sus amigos a él, pero era todo lo que se podía pagar según sus circunstancias. Sin embargo, lo tenía decorado cuidando hasta el más mínimo detalle. Las cortinas hacían juego con la tela del sofá y los muebles, de madera marrón oscuro, daban una uniformidad a la estancia, aportándola de un toque de seriedad que se complementaba con la frescura que ofrecían las fotografías sobre paisajes, siempre naturales, que tenía colgadas por las paredes. En la habitación apenas había hueco para la cama de matrimonio y poco más. Una pequeña mesilla junto a ella y las fotos de sus hijos sobre una repisa, presentes en todo momento, siendo lo primero que veía cada mañana nada más abrir los ojos. Hubiera dado la vida por ellos, pero tenía que conformarse con verles los días que le tocaba, aunque a veces, su exmujer hacía excepciones y si no tenía otros planes, dejaba muy gustosa que los niños salieran con su padre. No tenía que rogarla mucho. La relación entre ambos era francamente buena y por el bien de sus hijos, habían

aprendido a mantener una agradable amistad. Después de la ruptura, ella, rápidamente, había buscado una nueva relación con la que ser feliz. Pero a él le estaba costando mucho más tiempo el superarlo y aunque sabía que jamás volvería con ella, aún la conservaba en su corazón.

Había llegado la hora de la cena y fue hasta la cocina. Abrió la nevera y sacó una rodaja de salmón fresco que se hizo a la plancha y que acompañó con unas patatas cocidas. Mientras cenaba, veía en la televisión una de esas películas de acción sin mucho argumento pero con un gran número de saltos y puñetazos y durante la publicidad, cuando estaba a punto de coger el mando y cambiar de canal mientras duraban los anuncios, vio un spot que llamó su atención. Tigres, leones, osos polares, pandas... Había todo tipo de animales en el zoo de Madrid. Y aunque no estaba muy conforme con eso de tener animales encerrados en jaulas, enseguida pensó en que podía ser una buena experiencia para sus hijos el poderlos ver en vivo y no solo en los dibujos de los libros del colegio o en las películas de televisión. Cogió el teléfono y sin pensárselo dos veces, llamó a su exmujer.

—Sí —contestó esta.

—Adela, ¿te pillo bien? —fue lo primero que le preguntó.

—Estábamos tumbados en el sillón —le explicó—. Hoy ha sido un día muy largo en el trabajo. ¿Qué querías?

—¿Teníais pensado hacer algo mañana? —volvió a preguntarle.

—Tenemos que ir a comprar —siguió explicándoles—. Pero no habíamos pensado en nada más. Pasar el resto del día en casa. Necesito descansar. ¿Por qué?

—Porque se me había ocurrido llevar a los niños al zoo —le dijo—. ¿Te parece bien?

—Me parece una estupenda idea —respondió ella—. Mucho mejor que el que se queden en casa todo el día. ¿A qué hora vienes a por ellos?

—¿Te viene bien a las diez? —siguió preguntando.

—Estupendamente —confirmó—. Así me da tiempo de darles el desayuno. Pero no les traigas muy tarde. También quiero pasar un rato con ellos.

—Eso está hecho —indicó.

Colgó el teléfono y siguió viendo la televisión. A eso de las doce, cuando ya se le empezaban a cerrar los ojos, se fue para la cama y se acostó.

«Mañana será un gran día —pensó—. A los niños les va a encantar».



Capítulo 2

A eso de las nueve de la mañana se levantó y tras desayunar algo, se dio una ducha y se arregló para salir. Después del divorcio, él había tenido que mudarse a la otra punta de la ciudad, a uno de esos barrios obreros y económicos donde las viviendas son medianamente asequibles para cualquier bolsillo. Se había hecho a vivir en el barrio y a tener que aguantar esas paredes de papel que si prestabas atención te permitían escuchar las conversaciones de los vecinos y sus discusiones, el niño jugando con la pelota en el piso superior, tirando sus juguetes contra el suelo o la música del adolescente de turno a todo volumen a la hora de la siesta, se había acostumbrado a aquello. Pero odiaba tener que cruzarse todo Madrid para ir a recoger a sus hijos. La mayoría de los días tardaba más de tres cuartos de hora en llegar hasta la que fue su casa. Siempre había tráfico, y los semáforos en rojo no ayudaban para nada. Sin embargo, aquella mañana parecía todo más despejado. Apenas había coches por la calle, lo que facilitó su marcha y llegó incluso antes de lo previsto.

Aparcó el coche cerca del portal y llamó al telefonillo. En esos días de otoño, el cielo se encapotaba con facilidad y temió que comenzara a llover estropeándoles el día.

—¿Sí? —preguntó el novio de Adela.

—Jesús, soy Rubén —respondió—. ¿Están los niños preparados?

—Lo siento —dijo este—. Se nos ha hecho un poco tarde. Sube y tómate un café. Aún les queda lavarse y peinarse.

Jesús le abrió la puerta y Rubén subió hasta la vivienda sin apenas ganas. Lo que menos le apetecía a Rubén era tener que aguantar a Jesús aquella mañana. No es que le cayera mal. Simplemente, le parecía un gilipollas. No comprendía cómo su exmujer había podido acabar con

él. Su aspecto físico dejaba mucho que desear. Gordo, con una panza que le caía sobre la trabilla del pantalón y con una nariz larga y afilada que le sobresalía de la cara y que, de perfil, le recordaba a un pez espada. Incomprensiblemente, su exmujer había bajado mucho el listón. No obstante, había que reconocer que Jesús era muy buena persona, y trabajador. Y se portaba muy bien con los niños. Tal vez fueran esos los motivos por los que se había enamorado de él. Era muy simpático, de esos que están haciendo todo el día bromas y que quieren caer bien a todo el mundo, razón fundamental de que Rubén, de carácter más serio y seco, no llegara a soportarle. No le tragaba, pero a su exmujer parecía gustarle y se la veía feliz. Motivo suficiente para tener que respetar la relación y hacer de tripas corazón.

—Pasa y siéntate —le dijo al entrar—. ¿Quieres un café?

—No, muchas gracias —rechazó—. Acabo de desayunar.

Al escuchar la voz de su padre, los dos niños fueron corriendo hacia él. Rocío, la mayor de los dos, le agarró de la mano y tiró de él para recibir su beso. Y Roberto, dos años más pequeño y algo más tímido, esperó a que su padre acabara de besar a su hermana para abrazarle a la altura de la cintura y poner la coronilla para recibir también su deseada muestra de cariño.

—Al final nos ha pillado el toro —dijo con sorna su exmujer.

—No pasa nada —contestó él. Tenemos todo el día.

Mientras los niños acababan de prepararse, Rubén se quedó hablando con Jesús, y Adela se marchó con los críos para que fueran más rápido. El positivismo de Jesús, a Rubén le sacaba de quicio. Le estuvo contando su última idea. Un negocio de no sé qué historias con el que pensaba hacerse rico.

«Más vale que tenga los pies en la tierra —pensó—. Nadie se hace rico trabajando. Si espera triunfar con ese negocio, lo tiene jodido. Se dará de bruces contra el suelo. Pero allá él».

Sin embargo, en lugar de expresar sus opiniones, Rubén le siguió la corriente y por decoro, hasta le animó para que lo pusiera en marcha.

—Ya están los niños —informó la mujer.

—Estupendo —añadió Rubén que ya se había cansado de escuchar las fantasías de Jesús y deseaba salir de allí cuanto antes—. Pues, vámonos.

Estuvieron el día entero en el zoo y lo pasaron genial. Los niños nunca habían visto tanta cantidad de animales exóticos juntos y miraban con los ojos como platos a los elefantes y a las jirafas.

—¡Qué grandes son, papá! —exclamaban con asombro—. ¡Son enormes!

Las serpientes les dieron miedo y los cocodrilos llegaron incluso a aterrarlos, pero Rubén les tranquilizaba, les agarraba fuerte y les explicaba como todos los animales son bellos a su manera. Aunque a los niños no les acababan de convencer aquellos dientes grandes y sobresalientes.

Al final de la tarde, les llevó de regreso a su casa y, tras despedirse de ellos, volvió a salir escopetado de allí por mucho que su exmujer insistía para que se quedara a cenar. Tenía otros planes.

Muchos sábados por la noche que tenía libres, solía quedar con su amigo Fermín para salir a tomar algo. Era el momento de desahogo de los dos. Se bebían algunos «cacharros» y se contaban lo que habían hecho durante la semana. Eran amigos desde niños, desde que se conocieron en el colegio. Habían pasado toda la vida juntos y aunque ambos tenían bastantes conocidos, realmente amigos les quedaban pocos en este mundo. Tal vez por dejadez. O porque ya a esas edades, les quedaba poco tiempo para quedar con los antiguos colegas del barrio. Las obligaciones y la vida en pareja de muchos de ellos muchas veces se lo impedían. Así que se apoyaban el uno en el otro y se contaban sus problemas. Aunque eran de la misma edad, poco tenían ya en común. Fermín trabajaba de electricista para una empresa de construcción. Estaba felizmente casado desde hacía quince años y no quería ni oír hablar de hijos. Apreciaba mucho su libertad y no iba a perderla por nada de este mundo. Tuvo la suerte de casarse con su amor de adolescencia. No había conocido a otra mujer. ¡Ni falta que hacía! Estaba contento con su vida y solo esperaba que las cosas no cambiaran nada en absoluto.

Quedaron en un bar llamado Casa Vicente, aunque todos en el barrio lo conocían por el nombre de «Vicente el Guarro». Nadie sabía muy bien de donde procedía ese apodo tan característico, aunque seguramente fuera a causa de las uñas negras que llevaba siempre su dueño y camarero. Con cada consumición, te ponía un plato de alitas de pollo. Y con unas cuantas consumiciones, ya habías cenado. Y aunque no qui-

sieras más, el dueño te seguía sacando siempre más y más alitas de pollo hasta que llegabas incluso a aborrecerlas. Así que dejaron las cervezas y pasaron a las copas. La única forma de dejar de comer las dichas alitas de pollo.

—Bueno, ¿qué? —le preguntó Fermín—. ¿Has encontrado ya a alguna mujer que te soporte?

—Ya sabes que no —le respondió—. No me apetece. Estoy muy bien solo.

—Pues te vendría muy bien —siguió diciéndole—. Además, ya es hora. Desde que te divorciaste, te has abandonado.

—Yo me conservo muy bien —protestó.

—No me refiero a eso —le explicó Fermín—. No eres el de antes. Ahora estás como amargado. Antes eras mucho más alegre y simpático. Y ahora, seco como la mojama. Con Adela, se te veía bien. Pero desde que os separasteis, tu carácter ha cambiado. Necesitas una mujer. ¡Y con urgencia! Alguien que te vuelva a hacer feliz. Ya has pasado suficiente luto por el divorcio. Adela no volverá. Hazte de una vez a la idea. Tienes que rehacer tu vida y volver al mercado. Te lo mereces.

Era algo que le solía decir a menudo y de tanto repetírselo, estaba llegando a vencerle. Quizás fuera lo que necesitaba. Pasar página de una vez y darse una segunda oportunidad.

—Tal vez tengas razón —acabó aceptando—. Pero... ¿Qué quieres que haga? No tengo edad para ponerme de punta en blanco e irme a ligar a discotecas. Ni se me pasa por la cabeza. ¿Qué quieres? ¿Qué me vaya como un viejuno a tontear con jovencitas? ¿Cómo un viejo verde? Lo mío es caso perdido.

—Existen otras opciones —le propuso—. Estamos en el siglo XXI. Ahora existen páginas web para gente de nuestra edad en donde puedes ligar con mujeres que buscan lo mismo que tú.

—No sé yo... —dijo sin gustarle mucho la idea.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿Te da vergüenza?

—No es vergüenza —rechazó ofendido—. Es que no me veo.

—Son mujeres que están en tus mismas circunstancias —siguió explicándole—, deseando conocer a alguien para empezar de nuevo. En tu caso, lo veo la mejor opción.

—Tengo que pensármelo —señaló—. No estoy muy convencido de ello.

—Tú mismo —respondió—. Pero no dejes pasar mucho más tiempo. Ya es hora de que empieces a vivir.

Dejaron el tema y siguieron bebiendo. Cuatro copas después, cada uno regresaba a su casa.



Capítulo 3

Era un nuevo día. Subió la persiana, observó la actividad de la calle y decidió salir un poco y aprovechar la mañana. Tras hablar con su padre, le comentó que iría a verles. No solía dejar pasar mucho tiempo entre una visita y otra. Su padre, ya mayor, apenas podía mantenerse él mismo y encima tenía que cuidar de su madre, enferma y con la mente perdida en un mundo del que ya jamás volvería. Cada vez que iba a verles, solía pasarse antes por el supermercado a comprar algo de comida para los dos. Era lo menos que podía hacer, llevarles la compra y hacer un poco de compañía a su padre, que últimamente, ni salía de casa a no ser que fuera completamente necesario.

—No voy a dejar sola a tu madre —decía—. Yo soy lo único que tiene. Si no la cuido yo, ¿quién la va a cuidar?

—No puedes vivir todo el día encerrado en casa —solía reprocharle—. Ya ni siquiera te vas a jugar a las cartas con tus amigos. ¿Cuánto tiempo hace que no vas a misa? No puedes seguir así.

—Yo ya lo tengo todo hecho, hijo —se negaba a aceptar—. Ahora me toca cuidar de tu madre. Es lo que Dios ha querido para mí. Y, ¿qué voy a hacer yo sino cumplir con mi deber?

Para él todo se reducía a eso, al amor a Dios y a su mujer. Educado en la vieja escuela, no entendía su vida sin su fe. Y Rubén, hombre de otro tiempo y al que la religión ni le iba ni le venía, no llegaba a comprenderle. Pero... ¿Cómo hacerle cambiar a esas edades en las que ya tan solo esperaba la muerte? Le había dado por vencido. Además, su padre era de esos a los que no se les convencía fácilmente. Si no quería hacer algo, o si pensaba que las cosas eran de cierta manera, no había quien le hiciese cambiar de opinión. Si decía que era de noche, aunque hiciese un sol radiante y fueran las doce de la mañana, ya podías discutir

con él que si querías dar por concluida la discusión, tenías que admitir que era de noche. Así era su padre y no iba a cambiar. Su madre, sin embargo, había sido muy distinta. Con un carácter muy abierto, siempre había estado a la última moda y a las últimas tendencias intelectuales. En sus años mozos, había tenido una belleza incomparable, convirtiendo a José, el padre de Rubén, en la envidia de cualquier hombre. No tragaba con curas, con amos ni con dioses. Consideraba la libertad como el bien supremo al que debe tender cualquier hombre y se esforzaba en vivir según sus principios pesara a quien le pese. En entierros, bautizos y comuniones, nunca pisaba la iglesia y jamás se la había visto acompañando a su marido a misa. Pero ahora todo había cambiado. Su belleza y su cerebro se habían apagado. Y si tenías la suerte de lograrla escuchar decir cuatro palabras seguidas, tenías que estar preparado para saber que dos de ellas iban a ser incongruencias.

—¡Hola, papá! —dijo dándole un par de besos en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Muy cansado, hijo mío —tuvo que reconocer—. Cada vez me cuesta más andar y últimamente se me hace todo mucho más cuesta arriba. Pero pasa, por favor. ¿Quieres un vasito de vino?

—Muchas gracias, papá. Pero no me apetece —rehusó la oferta y cerró la puerta—. Te he traído algunas cosas —le comentó poniendo las bolsas con la compra sobre la mesa.

—No tenías que haberte molestado —respondió—. Pero te lo agradezco. Así no tendré que salir mañana.

—¿Cómo está mamá? —preguntó Rubén.

—Está en la habitación, sentada en la silla. ¿Quieres pasar a verla? —le animó.

—Sí. Voy a saludarla —dijo entrando en la habitación.

Recostada en la silla, con una toquilla sobre las piernas y el pijama puesto, limpia y peinada pero con la mirada perdida en el infinito, su madre no llegó a reconocerle.

—¡Hola, mamá! —se acercó hasta ella y la dio un beso.

—¿Quién eres? —preguntó ella.

—Soy Rubén, tu hijo —tuvo que contestar.

Aunque no era la primera vez que sucedía, aquello le partía el alma. Una mujer tan activa y llena de vida viéndose en aquellas circunstancias.

Contuvo las lágrimas e intentó sobreponerse. No se acostumbraba a verla así. El tiempo es cruel y la vida perversa. Aunque seguía viva, hacía tiempo que había perdido a su madre y no le quedaba más remedio que hacerse a la idea. Por mucho que le doliera.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó, pero ella no contestó.

Cogió aire, buscó valor de donde aún le quedaba, la besó en la frente y volvió junto a su padre.

—Mamá está cada vez peor —comentó—. Tenéis dinero de sobra. ¿No has pensado en buscar una residencia en donde esté atendida en todo momento? Si es necesario, yo os ayudaría con lo que pudiera.

—No lo necesito —se negó en rotundo—. Yo cuido de ella.

—Sí, pero tú no eres un profesional —intentó hacerle ver—. Allí estaría tratada por profesionales, que saben cómo atender este tipo de casos. No creo que mejorara, pero posiblemente su enfermedad no avanzaría tan rápidamente.

—¡Yo no acabaré mis días en una residencia! —sentenció—. Aquí tengo mi independencia. Hago lo que quiero y esos sitios son como una cárcel. ¿No te acuerdas de Marcelino?

—¿Quién es Marcelino? —preguntó Rubén.

—Nuestro vecino —le aclaró—, cuando se quedó viudo, sus hijos decidieron que ya no tenía edad para seguir viviendo solo. Pensaron que lo mejor para él era que pasara un mes con cada uno de ellos. Como un trasto viejo. Discutían por quién tendría que ser el primero en tener que cuidarle. No quería salir de su casa. Nadie tenía derecho a sacarle de allí e intentaron obligarle. Pero con dos cojones, antes de dejar su casa, prefirió ahorcarse. Cuando fueron a buscarle se le encontraron colgado en el salón.

—No es lo mismo, papá —procuró calmarle.

—¡Claro que es lo mismo! —exclamó.

—Bueno, tú piénsatelo —le dijo—. No vamos a hacer nada que tú no quieras.

Pasó un buen rato con su padre y a la hora de la comida, regresó a su casa. Por la tarde, aburrido y sin nada que hacer, intentó entretenerse con la televisión. Pero tenía la sensación de que cada vez la programación era peor. Documentales sosos y tediosos, lentos para echarse a dormir, películas de «serie B» que no le interesaban a nadie, series estúpidas destinadas

al público adolescente y refritos que ya había visto. Estuvo cambiando de un canal a otro hasta que no aguantó más y después, apagó la televisión y probó a buscar el entretenimiento que deseaba entre las páginas de un libro. Rara vez lo hacía. No era amante de la lectura ni tenía por costumbre hacerlo. Pero hasta ahí llegaba su aburrimiento aquella tarde. Comenzó a leer, deseando impregnarse de las palabras del autor y sumergirse de lleno en la historia. Pero aquello era superior a su paciencia. Largas descripciones que no conducían a ninguna parte y una trama que parecía no avanzar. No podía con ello. Entonces recordó las palabras de su amigo: Búscate a alguien. Hay páginas web donde gente como tú desea conocer a gente. ¿Por qué no? ¿Qué tenía que perder? Si no le convencían, siempre tendría tiempo de apagar el ordenador. Tal vez así se entretuviese y la tarde pasara más rápido. Había llegado la hora de intentarlo.

Se sentó frente al ordenador y empezó a buscar páginas que pudieran interesarle y, sorprendido, descubrió que había una gran variedad. A primera vista, todas se parecían entre sí y a la vista de alguien inexperto, muy poco se diferenciaban unas de otras. Algunas de pago, otras gratuitas *a priori*, aunque si pagabas cierta cantidad, te ofrecían más ventajas. Pero en todas prometían lo mismo: encontrar el amor. Después de mucho buscar, acabó decantándose por una de ellas. Aunque de estética simple y sin grandes florituras, hacía buena pinta y se decidió por esa.

Nada más entrar, tras introducir sus datos y su lugar de procedencia, se encontró con un eterno cuestionario sociológico que parecía no tener final. Había preguntas de todo tipo. Primero preguntas personales y luego otras sobre sus gustos y carácter. Cómo eras, qué buscabas en la otra persona, cuáles eran tus preferencias, cuáles tus aficiones... No acababa nunca.

«No sé si encontraré pareja —pensó—. Pero está cumpliendo con mis expectativas. Llevo aquí una hora y se me está pasando volando. Pero cambió de opinión en cuanto superó la pregunta cien».

Ya estaba harto del dichoso cuestionario. Lo que al principio se había tomado con calma, tomándose para pensar en la respuesta el tiempo necesario, ahora respondía al instante, prácticamente sin pararse a pensar.

«¿Y todo esto para buscar mi pareja ideal? Sandeces —volvió a pensar—. A una persona se la conoce con el tiempo, no por mucho cuestionario que hagas».

Pero había llegado muy lejos y ahora no iba a dejarlo. Tenía curiosidad en ver qué venía a continuación. Era mejor que ver la tele. Pero cuando acabaron las preguntas tipo test aparecieron más preguntas. Llegaba el momento de rellenar su perfil. Ojalá hubiera venido al principio. Cansado de tanta pregunta, ya no le quedaba imaginación para contestar elocuentemente y poner un texto atrayente que enamorara a sus pretendientes. Pero tenía que hacer un último esfuerzo. Empezó a contestar lo más sinceramente que pudo y tuvo la sensación de que las preguntas se repetían con otras palabras. Pero tenía que hacerlo bien. Iba a ser lo que los demás vieran de él cuando entraran a su perfil. Con cada respuesta que escribía, volvía a mirar la barra de avance para ver lo que aún le quedaba por hacer. Ya faltaba poco. Rellenó el último texto y buscó algunas fotos para colgar en donde apareciera atractivo y resultón. Cuando por fin acabó, se le abrieron cerca de una veintena de perfiles con sus supuestas parejas ideales. ¿Quién sería para él su mujer perfecta? Entró en los perfiles y comenzó a echarles un vistazo. Algunos los descartó de inmediato porque no se sentía atraído por la foto que habían colgado. Le pareció una forma muy dura de aceptar o descartar a alguien. Por un vistazo en una foto. Pero siguió para adelante. Seleccionó algunos perfiles y leyó lo que las chicas habían escrito en ellos. Algunas de ellas parecían tener sus mismos gustos e intereses. Y no estaban mal. Año arriba, año abajo, tenían su misma edad. Por lo que habían escrito, parecían simpáticas y agradables. Cuatro de ellas estaban incluso conectadas en ese mismo instante. Y se lanzó al ruedo. Les escribió un mensaje corto que les sirviera de pie para empezar a entablar una conversación. Conocerlas un poco más.

«Hola, soy Rubén. ¿Cómo estás?». Le dio a mandar y esperó la respuesta. Estaba ilusionado. Ya se imaginaba hablando con alguna de ellas y quedando para cenar. Pero aunque las chicas estaban conectadas, la deseada respuesta no llegaba. En su ordenador, aparecía claramente que habían entrado en su perfil y que habían visto su fotografía y lo que él había escrito, pero ninguna de ellas contestaba. Dejó pasar los minutos, pero nada. No había respuesta.

—¡Esto es una gilipollez! —exclamó en voz alta—. He cometido un error.

Sin querer esperar más y teniendo la sensación de resultar alguien patético, apagó el ordenador y se fue a cenar.

